

solo momento la situacion de sus Estados. Deseoso de evitar en cuanto fuese posible las desastrosas consecuencias de una nueva guerra, mandó mensajeros á los jefes sublevados, manifestándoles la buena disposicion en que se hallaba para perdonarles sus errores, siempre que volviesen sobre sus pasos y se sometiesen, y ofreciéndoles que satisfaria todas las quejas justas que tuvieran y olvidaria su conducta pasada, pero que seria inflexible si acaso persistian en llevar adelante sus perversos designios. Aquellos nobles ofrecimientos fueron no obstante inútiles; los sublevados contestaron con suma arrogancia, fiándose en el gran número de tropas que tenian dispuestas, y dando por razon la alianza del príncipe con los mexicanos, á quienes cordialmente detestaban.

Al recibir aquella soberbia contestacion, vió Nezahualcoyotl que era inevitable apelar á la fuerza de las armas. Marchó, pues, sin dilacion en la primavera de 1429, llevando consigo un considerable ejército compuesto de chichimecas, mexicanos y tlaltelolcas, acompañándole los reyes Itzcohuatl y Quauhtlatohuatzin, y los príncipes Moteuhzuma, Tlacaeltzin y Axayacatzin, así como otros muchos valientes capitanes.

El embarco de las tropas se verificó de noche en Tlaltelolco, y el dia siguiente muy temprano llegaron á Tezcoco. En el acto dispuso Nezahualcoyotl atacar la ciudad; pero los enemigos estaban prevenidos y resistieron el empuje del ejército aliado. El combate se prolongó todo el dia, y al llegar la noche cada uno de los beligerantes se fortificó en los puntos que ocupaba. Esta operacion se repitió por siete dias consecutivos, durante los cuales los agresores avanzaban muy lentamente en la ocupacion de la ciudad. Por último, habiendo llegado de México un refuerzo considerable, el ataque se emprendió con gran vigor, y viendo Iztlacautzin y sus compañeros que no era posible prolongar mas tiempo la defensa, apelaron á la huida, metiéndose con el resto de sus tropas á la sierra de Tlaloc.

Inmediatamente se destacaron tropas en persecucion de

los fugitivos, cuyos jefes escaparon sin embargo, y Nezahualcoyotl ocupó con los reyes y príncipes su palacio de Cilan. El pueblo entonces ocurrió á implorar su clemencia, haciéndole presente que no habia secundado á los rebeldes ni habia dejado de permanecer fiel á la obediencia jurada. El príncipe se mostró bastante benigno para con sus súbditos, ordenando que se respetasen las vidas y los bienes de los habitantes, y lo unico que hizo para ostentar su poder victorioso fué quemar algunos templos, en lo que era guiado, lo mismo que en Azcapuzalco, por la idea de destruir aquellos focos de una supersticion contra la cual se rebelaba su grande alma, pues no tenia mas creencia religiosa que la de un supremo autor de todo lo creado.

Dos dias permaneció en Tezcoco para poner algun orden en la administracion pública. Dirigióse en seguida á Huexotla, que ocupó despues de haber vencido una ligera resistencia, y la abandonó al saqueo de sus tropas. Otro tanto hizo con Cohuatlican, Cohuatepec y otras poblaciones de menos importancia, situadas al Sur hasta Iztapalocan. En todas ellas dejó bien establecida su autoridad por medio de suficientes destacamentos; puso guarniciones en las fronteras de las provincias enemigas de Cuiclahuac y Xochimilco, y sin continuar por entonces las operaciones sobre los pueblos del Norte, porque los aliados deseaban ya volverse á sus hogares, regresó á México, en donde fué recibido en medio de las mas entusiastas demostraciones de júbilo.

Los triunfos obtenidos no eran bastantes para satisfacerle mientras que hubiera enemigos que combatir. De México envió embajadores á Tacopaintzin, señor de Xochimilco, proponiéndole la paz, mediante el reconocimiento de su suprema autoridad; pero este, que habia sido aliado fiel y constante amigo de Maxtla, se negó á todo avenimiento, contestando con la mayor insolencia á las pacíficas proposiciones que se le hacian. Entonces Nezahualcoyotl se movió con su ejército compuesto de tropas de su imperio y de tlaxcaltecas que

habian ocurrido á su llamado, desembarcando frente á Culhuacan.

Hallábase la ciudad de Xochimilco cercada por un foso profundo y lleno de agua. El príncipe dispuso que cada uno de sus soldados llevase consigo un haz de yerbas, los cuales sirvieron para llenar el foso en el lugar que le pareció mas conveniente, facilitando de esta manera el paso á sus tropas. Los defensores de la ciudad, que aunque superiores en número estaban muy lejos de igualar el valor y pericia de sus contrarios, desmayaron enteramente al ver allanado un obstáculo que creían insuperable, y no opusieron séria resistencia al ejército, que penetró hasta la plaza arrollando todo lo que hallaba en su camino. Entonces Tacopaintzin pidió á grandes voces que se suspendiera el combate, manifestando deseos de hablar á Nezahualcoyotl; éste le recibió, y despues de oír sus protestas de sumision, le perdonó la vida, mandó que se respetase á los vencidos, é imponiéndole un tributo anual volvió á México, en donde fué objeto de nuevas ovaciones por la no interrumpida série de victorias que habian coronado sus armas.

Estos sucesos tuvieron lugar á fines de 1429.

## XXX.

La emulacion por una parte, excitada por los triunfos obtenidos por Nezahualcoyotl, y la gratitud por otra, puesto que su poderosa ayuda habia libertado á los mexicanos de la ruina cierta con que Maxtla los amenazara, despertó en estos el deseo de contribuir con su contingente á la campaña que tenia todavia que emprender el príncipe para someter á los rebeldes de su imperio. Reunióse á este efecto el senado mexicano, y acordó que se levantasen tropas que marcharan con el afortunado caudillo en busca de nuevos enemigos que vencer y nuevas glorias que conquistar. Esta medida encontró la mas cordial aprobacion de Itzcohuatl, quien aunque no veia con buenos ojos el rápido engrandecimiento de su sobrino, temiendo que cediese mas tarde en perjuicio de su pueblo, y no le pesaba por lo mismo verle envuelto aún en dificultades que no carecian de importancia, supo muy bien disimular sus verdaderos sentimientos, apresurándose á secundar la resolucion del senado, y excusándose de no haberla propuesto antes por temor de que se le tratase de parcial, atendidos los vínculos de parentesco que le unian con el príncipe.

Quiso empero Itzcohuatl como buen político, sacar partido de aquella forzada deferencia, y con tal objeto propuso que se ofreciese á Nezahualcoyotl el auxilio necesario para que completase la sumision de los rebeldes que aún existian en sus Estados; pero que para satisfacer los intereses legítimos de todos, se pactase que las demas conquistas que se hiciesen se divitiesen por igual entre ambos monarcas, extinguiendo la especie de señores feudales que existian, y siendo dichos monarcas depositarios de la autoridad suprema, de tal suerte que no se pudiese resolver ningun negocio de gobierno sin el concurso de los dos. Nezahualcoyotl aceptó la propuesta por la necesidad que tenia del auxilio mexicano, pues él no estaba por la extincion de los señores, y solo puso por condicion que se le jurase como cabeza del imperio, de la misma manera que se habia hecho con sus antecesores, condicion que admitieron sin reparo Itzcohuatl y el senado, atendiendo á que en cambio de una simple ceremonia, obtenia el rey azteca una participacion efectiva en el gobierno.

Hechos estos arreglos, se dictaron las providencias necesarias para levantar las tropas mexicanas que debian concurrir á la completa pacificacion del imperio chichimeca. Por su parte, los tlaltelolcas, que seguian en todo el impulso de sus vecinos, se apresuraron á poner su contingente de fuerzas á disposicion de Nezahualcoyotl. Este ocurrió como otras veces al auxilio de sus antiguos aliados de Tlaxcallan y Huexotzinco, quienes no se hicieron sordos á aquel llamamiento, y organizaron un ejército de 10,000 hombres que se halló en México á principios de 1430.

Dispuesto todo para emprender las operaciones, concertóse entre Nezahualcoyotl é Itzcohuatl el plan que debia seguirse, y que consistia en trasportar el ejército por agua al territorio de Tezcoco, en donde formado en un solo cuerpo mandado por ambos soberanos, marcharia con toda la rapidez posible á la conquista de las provincias sublevadas. Hízose así, en efecto, verificándose el transporte en una sola noche y poniéndose luego en movimiento. Al llegar á Cohua-

tlican, á dos leguas de Tezcoco, el enemigo salió á su encuentro, trabándose un combate que duró algunas horas, y cuyo desenlace fué funesto para los rebeldes, que á pesar de su denuedo para luchar, tuvieron que ceder el campo al ejército aliado.

Continuóse la marcha el dia siguiente, por el rumbo del Norte, efectuándose un nuevo combate, igualmente funesto para el enemigo, cerca de Nepohualco. Más séria fué la batalla que tuvo lugar despues en un puente situado en el rio Papalotlan, entre Aculhuacan y Chiautla. El enemigo defendia el paso en gran número; pero tras una reñida contienda, en que la sangre corrió con profusion por ambos lados, los adversarios tuvieron que ceder el campo, retirándose al territorio de Chiautla.

En Acolman hubo que vencer mayores dificultades: hallábase allí un ejército considerable, de que formaban parte algunos de los mas valientes tecpanecas que se habian salvado de la catástrofe de Azcapuzalco. Mandaba su ejército el señor de la ciudad, llamado Ochpancatl. La posicion de la ciudad era bastante ventajosa; pues rodeada de la laguna, solo tenia dos entradas perfectamente guarnecidas. Despues de tres dias de luchas constantes, los aliados lograron tomar estas, penetrando luego en la ciudad, cuya poblacion, segun la bárbara costumbre de aquellos tiempos, fué completamente exterminada, salvándose solo las mujeres y los niños.

Un dia se detuvo allí el ejército para descansar, prosiguiendo despues su marcha, y tratando con el mismo rigor las ciudades rebeldes que se hallaban á su paso, entre las cuales solo opusieron alguna resistencia Tecoyocan, Tepeopan y Chiunautlan. Tomóse luego el rumbo del Este, y fué ocupado Teotihuacan, á pesar de tener una buena guarnicion. No fueron mas felices Quauhtlanzinco, Acapoxco, Otompan y otros lugares de menos importancia, que fueron castigados en proporcion á la resistencia que hicieron.

En vista de estos sucesos, Cempohualan y Aztaquemecan mandaron embajadores á Nezahualcoyotl, declarándose so-

metidos, implorando la clemencia del vencedor y ofreciéndole regalos de víveres, conducta que les valió el escapar de los rigores de la guerra. Otro tanto hicieron Ahuatepec, Tepopolco, Apan y otras poblaciones que habían permanecido fieles al príncipe, á quien obsequiaron ámpliamente, felicitándole al mismo tiempo por sus dilatados triunfos. Estas circunstancias hicieron perder del todo el ánimo á los sublevados, cuyos jefes se pusieron en salvo por medio de la fuga, cesando enteramente toda resistencia.

El ejército entonces, después de haber dejado fuertes destacamentos en las poblaciones más principales, se dirigió por el rumbo del Oeste, llegando hasta la provincia de Tepotzotlan. Tocó en su camino á Tezontepec, Temascalapan, Xaltocan y Teoloyocan, sin tener ya necesidad de batir á un solo enemigo, pues en vista de los importantes sucesos que en tan corto tiempo se habían consumado, salían los habitantes al encuentro de los vencedores, haciendo toda clase de demostraciones para manifestar su adhesión. Así siguieron los aliados hasta Quauhtitlan, de donde regresaron á México, siendo recibidos con el mayor entusiasmo.

## XXXI.

Concluidas la conquista del imperio tecpaneca y la reducción de los sublevados chichimecas, concluidas también las grandes fiestas públicas con que aquellos importantes acontecimientos fueron solemnizados, procedióse á dar cumplimiento al pacto celebrado entre Itzcohuatl y Nezahualcoyotl, que como se recordará contenía como puntos principales, la destrucción de los señores independientes y el reparto de las tierras conquistadas, entre los monarcas chichimeca y mexicano, que reasumirían la autoridad suprema.

Hemos dicho que Nezahualcoyotl repugnaba la idea de destruir á los señores; sin embargo, no trató de hacer prevalecer su opinión; empero, la influencia de una de sus concubinas, á quien los autores llaman Matlalzihuatzin, hija de Totoquiyauhtzin, señor de Tlacopan, y que por su hermosura y talentos ejercía un grande imperio en el corazón del príncipe, persuadió á este á que asociase á su padre en el gobierno, quedando en posesión de sus dominios, los que serían aumentados con una parte del territorio tecpaneca.

Había la circunstancia de que Totoquiyauhtzin reunía una

gran capacidad política al valor probado de un guerrero distinguido, habiendo sido además amigo del príncipe, á cuyo triunfo sobre Maxtla contribuyó eficazmente, facilitando el paso al ejército que mandaba Moteuhzuma, según dijimos antes. Estas cualidades fueron hechas saber por Nezahualcoyotl ante el senado mexicano al presentar su proyecto, que fundó además en la conveniencia de que fuesen tres en lugar de dos las personas que depositaran la suprema autoridad, para que hubiera quien decidiese las cuestiones en caso de diferencia, y en la necesidad de que subsistiese la monarquía tecpaneca, digna de conservarse por su antiguo lustre.

El discurso de Nezahualcoyotl, pronunciado con todas las precauciones oratorias que acostumbraba el príncipe, fué recibido en silencio por el senado; pero Itzcohuatl tomó la palabra, y aceptando las indicaciones sobre triunvirato y sobre conservación de la monarquía tecpaneca, rechazó la idea de que se le confiriese aquella dignidad á Totoquiyauhtzin, fundándose en las mismas razones que el príncipe había hecho valer, puesto que era pariente de los tiranos Tetzotzomoc y Maxtla, á quienes había sido traidor, no pudiéndose en consecuencia fundar ninguna confianza en su conducta futura. Siguióse á esto un debate entre ambos soberanos, en que el príncipe que poseía las dotes de un hábil orador, acabó por convencer á Itzcohuatl para que adoptase su dictámen.

Se formó, pues, el gobierno que debía hallarse á la cabeza del imperio, de los reyes de Tezcoco y de México, y del señor de Tlacopan, á quien se dió la investidura de rey de los tecpanecas, agregando al territorio de este último la quinta parte de las tierras conquistadas, y dividiéndose el resto con igualdad entre los dos primeros. Acordóse también, que aun cuando los tres monarcas mencionados constituían la suprema autoridad, de tal suerte que nada podía hacerse sin el concurso de ellos, Nezahualcoyotl era superior en dignidad sobre sus colegas, debiendo ser jurado y reconocido como tal, en la ciudad de México, con todas las solemnidades que acostumbraban sus antepasados.

Celebróse, en efecto, esta coronación con un fausto extraordinario, á mediados de 1431. Grandes preparativos habían sido hechos con anticipación, enviándose correos en todas direcciones, hasta las costas de ambos mares, invitando para aquel acto á los señores y personajes más notables. Las ceremonias fueron las acostumbradas en semejantes casos, solo que en lugar del rey tecpaneca, fué el de México el primero que saludó á Nezahualcoyotl con el título de gran chichimecatl tecuhtli, habiendo puesto sobre sus hombros una manta muy fina, adornada de diversos colores, y en la cabeza la corona que los emperadores acostumbraban llevar.

Procedióse en seguida al reparto de las tierras conquistadas, según el pacto celebrado. Para esto, tiraron una línea de Sur á Norte, desde el cerro de Cuexcomatl, al Sur de México, hasta el territorio de Tototepec al Norte. Dicha línea corrió por entre Iztapalocan y Culhuacan, atravesó la laguna de Chalco, en cuyas orillas se clavaron estacas muy altas que sirviesen de mohoneras, por entre Natívitas y Xochimilco, atravesando después el terreno que ocupa la laguna de Tezompanco, siguiendo por este pueblo y Citlaltepec. Toda la parte de dichas tierras, al Este de la línea, quedó agregada á Tezcoco, y la del Poniente se dividió entre México y Tlacopan, dándose á este último el territorio de Mazahuacan y otros pueblos, que se calculó que formarían la quinta parte convenida.

Siguieron desde aquel tiempo gobernando los tres monarcas en todos los negocios generales relativos al imperio. D. Fernando de Alva cita con este motivo un canto popular llamado xopancuicatl, que todavía en su época cantaban los mexicanos en sus fiestas, y que traducido por él mismo dice así: "Dejaron memoria en el universo los que ilustraron el imperio de México, y aquí en Anahuac los reyes Nezahualcoyotl y Moteuhzuma, y en Tlacopan Totoquiyauhtzin: de verdad que será empresa eternizada vuestra memoria, por lo bien que juzgásteis y regísteis en el trono y tribunal del Dios Creador de todas las cosas." Por lo demás, los menciona-

dos reyes eran del todo independientes en el gobierno de sus respectivos Estados.

Entretanto, Iztlacautzin, el antiguo señor de Huexotla; Motoliniatzin, de Cohuatlican; Ochpancatl, de Acolman; Totomihua, de Cohuatepec; Tilmantzin, hermano bastardo de Nezahualcoyotl, y Nonohualcatl, cuñado de este último, todos los cuales habian sido jefes de la sublevacion de Tezcoco, habian vuelto á la capital, en donde permanecian ocultos. Viendo, sin embargo, que no podian mantenerse en aquel estado, determinaron acogerse á la clemencia del emperador, que todavia se hallaba en México, enviando mensajeros que implorasen su perdon y le presentasen algunos regalos. No fueron inútiles aquellas muestras de arrepentimiento: Nezahualcoyotl las recibió con benignidad, y mandó decirles que no saliesen de Tezcoco, á donde pronto volveria, estando dispuesto á otorgarles algunas mercedes.

En efecto, aunque contento en la capital de los mexicanos, resolvió el emperador regresar á sus Estados, impulsándole á ello razones de alta política, muy fáciles de comprender. Itzcohuatl, que lo deseaba en su interior y aun se lo aconsejaba, fundándose en la conveniencia pública, dió aparentes muestras de sentimiento cuando llegó la hora de despedir á su ilustre huésped. Mas sincero era el cariño que la poblacion le profesaba, y el senado, los nobles y mucha gente del pueblo, fué á acompañarle en el viaje que hizo por la laguna.

La nobleza y el pueblo chichimeca, recibieron con las mas entusiastas demostraciones de júbilo al emperador, que desembarcó cerca del bosque de Acayacac. Nezahualcoyotl observó inmediatamente que faltaban en la concurrencia los jefes de la rebelion á quienes habia perdonado, y preguntando la causa de que no se hallasen presentes, se le respondió que confundidos por la magnitud de su delito, á pesar de la clemencia con que habian sido tratados, no se habian atrevido á comparecer ante su soberano, y ausentándose de la ciudad se habian dirigido á la provincia de Tlaxcallan.

Nezahualcoyotl, que deseaba dar una muestra de su magnanimidad, mandó luego á Coyohua, uno de los personajes de su acompañamiento, á que fuese en pos de los fugitivos para persuadirlos á que volviesen, empeñando su palabra de que solo recibirian favores de su imperial munificencia. Coyohua cumplió fielmente las órdenes que habia recibido; pero Ixtlacautzin y sus compañeros se rehusaron á volver, manifestando que no era la desconfianza en las promesas del soberano la que los obligaba á persistir en su propósito, sino el remordimiento del crimen que habian cometido, cuyo recuerdo les hacia preferibles el destierro y la privacion de los honores á que estaban acostumbrados por su rango. Solo Motoliniatzin regresó mas tarde á sus Estados. En cuanto á Totomihua, señor de Cohuatepec, envió con Coyohua á sus dos hijos Ayocuantzin y Quetzaltenotzin, poniéndolos bajo la proteccion de Nezahualcoyotl, y recomendándoles la fidelidad á su soberano.

## XXXII.

Vamos ahora á hablar de un suceso sobre el cual guardan silencio Torquemada y Clavijero, y que el editor de Veytia pone en duda, suponiendo con visos de justicia que este autor lo tomó de los historiadores aculhuas, dispuestos á ponderar las hazañas de Nezahualcoyotl. Por lo que á nosotros hace, nos sentimos inclinados á esta opinion, porque en efecto, el hecho que vamos á referir, no nos parece muy conforme con el carácter altamente prudente y circunspecto de nuestro héroe, incapaz de moverse al impulso de una verdadera susceptibilidad de amor propio. La inverosimilitud su- be de punto, si se considera que Itzcohuatl dió pruebas en toda su vida de una franqueza y de una sinceridad que en nada se hermanan con los ruines arrebatos de una envidia vulgar, á lo que hay que agregar el profundo cariño que abrigaba por el héroe chichimeca, y los grandes motivos de gratitud que le tenían obligado para con él. Sea de esto lo que fuere, y hechas las debidas reservas, véase el suceso tal como lo refiere Veytia.

Al regresar á México el senado y los nobles que habian ido á acompañar á Tezcoco al emperador Nezahualcoyotl,

Itzcohuatl, celoso de aquellas demostraciones, no pudo disimular su disgusto, que expresó con palabras vehementes, diciendo entre otras cosas que su sobrino le era inferior como guerrero. No tardó mucho en saberlo el emperador, quien indignado sobre todo de que se pusiese en duda su valor, mandó inmediatamente á dos caballeros de Tezcoco para que anunciassen al rey de México la causa de su enojo, haciéndole saber al mismo tiempo que se preparase á la guerra, pues dentro de diez dias iria con su ejército á probarle que merecia la corona que llevaba.

Itzcohuatl trató de satisfacer á Nezahualcoyotl, procurando explicar las palabras que en su concepto habian sido maliciosamente interpretadas, y para acabar de desarmarle, sabiendo la inclinacion que tenia el emperador al bello sexo, le mandó 25 hermosas jóvenes, escogidas entre las principales familias mexicanas. Aquel tentador regalo, que en cualquiera otra circunstancia habria dejado muy contento á nuestro personaje, solo sirvió para aumentar su enojo, pues le pareció ver en él un nuevo insulto, tratándole de afeminado. Así fué que sin haber tocado á las jóvenes las hizo volver á los tres dias á México, colmándolas de presentes, y anunciando de nuevo su primera resolucion para que Itzcohuatl se aperciese á la guerra.

Viendo este que la cosa no tenia remedio, convocó al senado é hizo llamar á los reyes de Tlacopan y Tlaltelolco, á quienes adhirió á su causa, persuadiéndolos de que el triunfo del emperador seria la ruina de ellos. Formóse, en efecto, apresuradamente un numeroso ejército para recibir á Nezahualcoyotl, que con suficientes tropas desembarcó el dia señalado en las faldas del Tepeyacac, marchando inmediatamente, y yendo solo y á corta distancia de sus fuerzas. Hé aquí la curiosa descripcion que de su vestido hace Veytia:

“Iba gallardamente adornado á su usanza, vestido de un sayo de armas primorosamente labrado de diversos colores, que le cubria desde el cuello á la cintura, quedándose las mangas mas arriba del codo: de la cintura á las rodillas des-

cedía un tonelete curiosamente tejido de rica y vistosa pluma: llevaba por casco la piel curada de la cabeza de un coyote, por cuya boca descubría el rostro, y en las orejas naturales de la fiera, dos borlas rojas de algodón, insignia de la caballería de tecuhtli. Llevaba en los brazos y muñecas braceletes y pulseras de oro, guarnecidas de pedrería, y otros semejantes en las corvas y pantorrillas. Las plantas de los caclis ó sandalias eran de oro macizo, afianzadas con cordones rojos, y repartidas en el cuerpo por el pecho y la espalda muchas joyas de oro y pedrería. Empuñaba en la mano diestra una macana, y en la siniestra embrazaba un escudo de piel curada, guarnecido de plumas, y en su centro por divisa pintada la parte genital de una mujer."

Este último y raro detalle, supuesta su realidad, es atribuido por Bustamante, con alguna apariencia de razón, al lance de las 25 jóvenes que le regaló Itzcohuatl, y á la fuerza de ánimo que tuvo para sobreponerse á los placeres sensuales.

En Tlaltelolco encontró al ejército mexicano al mando de su rey; y colocado á cierta distancia, de donde podía ser oído, dirigió á este la palabra afeándole su conducta, y excitándole á entrar en singular combate, pues no era justo que se derramase la sangre de sus súbditos por una cuestión meramente personal, proponiéndole que el que diera muerte á su contrario, se coronaría por supremo monarca de la tierra. Itzcohuatl trató de disculparse otra vez, procurando desvanecer lo que atribuía á una verdadera calumnia, pero Nezahualcoyotl insistió en que la contienda se decidiese por las armas, dando orden á sus tropas para que acometiesen en el acto.

Comenzóse la lucha, pero no habia pasado mucho tiempo, cuando la muerte de un famoso capitán mexicano, llamado Ichtecuachichitli, produjo el desorden en el ejército de Itzcohuatl. Entonces este mandó suspender la batalla, enarbolando una manta blanca en un asta bastante elevada, y envió una comisión de cuatro senadores ancianos para que pidie-

sen la paz al emperador, invitándole á que pasase á la ciudad. Nezahualcoyotl se manifestó deferente á lo que se le pedía, con la condición de que los reinos de México, Tlaltelolco y Tlacopan le pagarian anualmente un tributo en reconocimiento de su supremacía. Después de esto entró con su ejército á la ciudad de México, en donde fué recibido con las mayores demostraciones de alegría por parte de todos los habitantes.

Al tercer día hizo que se convocase al senado, y en presencia de este, de los reyes, príncipes y nobles de los reinos aliados, presentó el emperador las siguientes proposiciones: Los reyes de México, Tlacopan y Tlaltelolco, le mandarian anualmente 100 fardos de mantas blancas, con cenefas de pelo de conejo, teñidas de diversos colores (20 mantas componian cada fardo); 20 fardos de mantas reales, que eran las que usaban los reyes en las fiestas públicas; y otros 20 de mantas esquinadas de dos colores, para los bailes. Dos rodajas de colores con divisas de pluma amarilla; dos penachos de la misma pluma, y dos pares de borlas de igual materia para atar los cabellos. Se repartiría este tributo entre las ciudades de México, Tlaltelolco, Tlacopan, Azcapuzalco, Tenayocan, Tepotzotlan, Quauhtitlan, Toltitlan, Hecatepec, Huexotitlan, Coyohuacan, Xochimilco y Cuexcomatitlan. Por lo demás, esta nueva carga en nada alteraría el carácter de los reyes de México y Tlacopan, en su calidad de colegas del emperador, y el de Tlaltelolco seria conservado en su trono. Respecto de los demás señores, cuya extinción habia repugnado á Nezahualcoyotl, este exigía que se repusiesen en sus dominios, escogiéndose en sus mismas familias quien sustituyese á los que no quisieran volver.

Tanto el senado como los demás asistentes accedieron á las exigencias del vencedor; solo Itzcohuatl combatió la idea de restablecer á los señores, fundándose en razones políticas de bastante peso, pero que Nezahualcoyotl combatió hábilmente, acabando por triunfar como era de esperarse de la situación ventajosa en que se hallaba colocado. En virtud

de este arreglo volvieron á sus Estados 14 señores del reino de Tezcoco, 9 de México y 7 de Tlacopan, pertenecientes al antiguo reino tecpaneca. En cuanto á la cobranza del tributo quiso el emperador que se hiciese directamente por un caballero de su corte, llamado Cailotl.

## XXXIII.

Hablemos ya del gobierno de Nezahualcoyotl, de su legislación y de su fausto, cosas que todos los autores que de él se han ocupado, así nacionales como extranjeros, han descrito con positiva admiración, por la gran sabiduría que manifiestan sus leyes y disposiciones políticas, y por la magnificencia de una corte deslumbradora. La reposición de los señores en sus antiguos Estados, fué una medida que causó la mejor impresión en los pueblos, que temían la demasiada concentración del poder como una tendencia á la tiranía. Por otra parte, resuelto á echar un velo sobre lo pasado, el emperador se esforzó por que volviesen los antiguos jefes de la rebelión, ofreciéndoles cuanto podía para inspirarles una confianza ilimitada; de ellos, sin embargo, solo acudió á su llamado Motoliniaztin, señor de Cohuatlican, que se habia retirado á Tezmolocan, en la provincia de Huexutzinco. En cuanto al señorío de Huexotla, fué dado á Tlanoliatzin, hijo mayor de Iztlacautzin, habiéndose este rehusado á abandonar su retiro de Tlaxcallan.

Hé aquí la restitución que hizo de señoríos: el de Tepetlaoztoc á Cocopintzin, el de Acolman á Motlatocazomatzin